

Comentario

Hoy quiero hospedarme en tu casa. El protagonista de esta historia es Zaqueo, un jefe de recaudadores de impuestos. Debía ser muy rico. La ciudad de Jericó, levantada en un oasis, era la puerta del desierto. Por ella entraban largas caravanas de dromedarios trayendo ricos productos desde Oriente que pagaban impuestos.

Zaqueo significa «Dios se ha acordado». Y realmente Dios se acordó de aquel hombre de baja estatura y grandes fraudes. Ha perdido el horizonte humano y religioso. Pero escucha la llamada de Jesús y se arrepiente.

La actitud de Jesús es decisiva. Ante un pecador al que todos desprecian se muestra misericordioso. Desea ayudarlo. Para ello: le busca con la mirada. le llama por su nombre. le ofrece su amistad personal... Comerá en su misma mesa, escuchara sus palabras. dialogará con él. Y cuando Zaqueo se siente querido, acogido y comprendido: se torna generoso y vive la alegría del perdón. Zaqueo quiere cambiar de vida. Y lo hace según lo estipulado en el derecho judío: restituyendo lo robado y añadiendo cuatro veces más.

Sabías que... Comercio en el desierto

Jericó, denominada también la ciudad de las palmeras, era la puerta del desierto y estaba levantada junto a un oasis al que dan vida varios manantiales. Obtenía sus riquezas cobrando impuestos a las caravanas que llegaban del oriente portando: incienso, especias, telas, sésamo... Existían ciudades en el desierto cuya misión era sostener el comercio (Avdat, Arad, Mampsit). Disponían de zonas francas llamadas «*khan*» para almacenar productos. Jericó, ciudad de contrastes. En ella Zaqueo se enriquecía cobrando impuestos y mendigaba Bartimeo el ciego. Jesús les ofreció la salvación a ambos.

ORACIÓN

Señor, entra en mi vida y ayúdame a cambiar.

Te pido perdón porque me cuesta hacer las paces y comenzar de nuevo.

Quiero olvidar las críticas que lanzo a los demás; muros que dividen y aplastan la amistad.

Quiero devolver sonrisas a quienes hice vivir en amargura.

Quiero ofrecer el agua de la comprensión a quienes condené al desierto de la soledad. Señor, entra en mi casa.



COMUNIDAD DE SANTA CLARA SANTA KLARA KOMUNITATEA

Lectura del santo evangelio según san LUCAS 19,1-10

En aquel tiempo, entró Jesús en Jericó y atravesaba la ciudad.

Un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de distinguir quién era Jesús, pero la gente se lo impedía, porque era bajo de estatura.

Corrió más adelante y se subió a una higuera para verlo, porque tenía que pasar por allí.

Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y dijo: – Zaqueo, baja enseguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa. Él bajó enseguida y lo recibió muy contento. Al ver

esto, todos murmuraban, diciendo: –Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador. Pero Zaqueo se puso en pie y dijo al Señor: –Mira, la mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más. Jesús le contestó: –Hoy ha sido la salvación de esta casa; también este es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido.

Palabra del Señor

LA SENDA DE LA MISERICORDIA—La senda DEL “ENCUENTRO”

Es la senda del “encuentro” transformador con Jesús (papa Francisco) que es, a un tiempo, el “encuentro” con los otros. Un encuentro “provocador”, porque “provoca” misericordia: daré todos mis bienes, dice Zaqueo... El “encuentro” es el choque de dos caminos, de uno hacia el otro y viceversa. Pero es necesario “quererlo” y “dejarse” encontrar... Es necesario que nazca en nosotros la misericordia, capaz de deshacernos de lo que nos convierte en miserables insensibles y egoístas.

Sabemos que Jesús no se hace presente en supuestas revelaciones, sino en nuestra vida concreta, la que Dios ama desde siempre, la que nos regaló con todo el diverso. El “encuentro” con Jesús es inseparable del amor y el compromiso por la vida, «*el compromiso amoroso y solidario para liberar a los más olvidados y empobrecidos de sus vidas rotas y fracasadas. Cuando les aportamos vida y esperanza, Jesús se hace presente, se nos muestra viviente, diáfano, transparente, pleno de la vida en abundancia de Dios, su Abbá de inmensa bondad*»

HOMILIA.

Una secuencia ilógica

En este Año de la Misericordia hemos conjugado todas las formas posibles y practicable de la relación entre la misericordia y la justicia, la paz, la política, etc. El abanico es amplio; tampoco podemos pretender que estas relaciones las podamos dirigir nosotros. La Palabra de Dios tiene



la capacidad de «sacarnos de nuestras casillas» y de conducirnos por caminos nuevos y distintos por los que nosotros nunca transitaríamos. En la primera lectura de este domingo, la Sagrada Escritura relaciona la «compasión» con el «poder» de Dios, luego con su «amor». El evangelio nos pone a todos en un brete: ¿tendríamos nosotros compasión de una persona indeseable y odiosa como Zaqueo? La Escritura no sigue la lógica humana.

Compasión y poder de Dios

Relacionamos el «poder de Dios» con su capacidad de hacer y deshacer, de tomar decisiones sobre la historia y la humanidad. A veces nos imaginamos a un Dios caprichoso e imprevisible que produce más temor que amor. Sin embargo el libro de la Sabiduría relaciona el poder de Dios con su compasión: sabe que somos pecadores, pero pasa por alto los pecados del hombre. No porque no le importen, sino para que el ser humano se arrepienta. El poder de Dios no es destructivo, sino creativo; no se manifiesta en la muerte sino en la vida; tampoco en el castigo, sino en el perdón. Dios tiene paciencia, para que nosotros recapacitemos y regresemos a él.

Compasión y amor de Dios

Esta forma de pensar nos resulta extraña, pues somos hijos de la razón filosófica griega, donde el poder se manifiesta en la autoridad indiscutida. El libro de la Sabiduría continúa diciendo que Dios tiene compasión, «porque ama todo cuanto existe» y le concede un título único en la Escritura: Dios es «amigo de la vida». La compasión de Dios no nace de su indiferencia sino de su amor. Dios es compasivo porque ama. Dios corrige «poco a poco» y en esa corrección compasiva se revela.

Compasión con los que se lo merecen

Si nos movemos en el campo de los méritos, muy común entre las personas religiosas, Dios solo debería compadecerse de aquellos que se lo ganaran a pulso, que acumularan méritos para conseguir la misericordia divina. El evangelio de Zaqueo puede que no nos guste precisamente por esto: porque Zaqueo era un impresentable que solo merecía la desaprobación y el rechazo de Jesús; pero, de forma sorprendente, lo acoge y le cambia la vida. La misericordia de Dios no depende de nuestros méritos. Dios es misericordioso con los que lo buscan.

Oración: Lo único que es amable es el amor. Pero el amor en este mundo no es algo, sino Alguien. Es Cristo. todo lo que provoca «buen amor» es que contiene algún reflejo de Cristo. Cristo nos dejó su Mandamiento de Amor, en el que lo primero que nos exige no es amar sino conocer: «Saber cómo ha amado Cristo». A quien sabe, bien sabido, esto, ya no es menester que se le mande amar a Cristo. No hay quien resista.

Pero es indispensable conocer a Cristo, y a Cristo crucificado, como conocimiento básico. Las aproximaciones, los arreglos, las componendas de Cristo no sirven. El enamorado de Cristo le busca. ¿Y dónde lo encuentra? En los hermanos, en las personas: «Lo que hagáis a uno de éstos a mi me lo hacéis». Si conozco a Cristo y sé que recibe mi amor en el amor que ofrezco a mis hermanos, los hombres, ya no necesito que me manden amarlo. La maravilla de amor me ha enamorado